



Reirse del espejo

CARLOS CERDA

Dramaturgo y novelista

Profesor Escuela de Teatro Pontificia Universidad Católica

Uno de los aspectos a destacar, en un comentario más conceptual de las obras estrenadas en el Segundo Festival de Autores Jóvenes, es una condición que las tres piezas comparten: su común referencia a los reflejos culturales de la realidad (la radio, la música popular, el cine) y la crítica a las deformaciones que éstos producen en nuestra visión de mundo y en nuestra propia experiencia vital.

Esta crítica, además –y esto también es común a las tres propuestas–, se aborda frecuentando los bordes de lo irrisorio, del humor de trazo grueso, de la carcajada que aniquila. Por eso, pienso que se trata de un ejercicio dramático mediante el cual las tres autoras han decidido reirse del espejo.

LOS QUE ESTÁN SOLOS SIN QUERERLO

En un hermoso y conmovedor texto con que Francisca Bernardi presenta en el programa su pieza **Llámame, no te arrepentirás**, se plantea con nitidez el motivo que orienta su indagación (*el devastador problema de la soledad involuntaria*), al mismo tiempo que señala a la radio como uno –sólo uno entre tantos otros– de los paliativos mentirosos de esa radical soledad.

En una historia no exenta de sordidez y que culminará con un hecho de sangre, la obra aborda no sólo una relación amorosa estimulada por los clichés de la sensiblería radiofónica, sino también ciertos espacios en que transcurre la cotidianeidad: espacios más cerrados que íntimos, en los que un padre y su

pequeña hija y una locutora con su madre anciana apenas encuentran esos sutiles rituales que nos sirven más para eludirnos que para comunicarnos.

Sorprende en esta obra un extraño sentido de la inevitabilidad de lo peor, una convicción de los personajes acerca de la eterna repetición del mismo mal o de una idéntica decepción.

Ernestina dice de su yerno: *No me pregunte por qué yo sabía lo que sabía de la vida de ese muchacho. Sabía todo de él, es como si los hombres se fueran repitiendo en las distintas generaciones, es como si el padre de mi hija hubiera nacido de nuevo.*

Elena le advierte a Eduardo acerca de la infidelidad: *Sé que tarde o temprano va a pasar. Lo sé. Cuando el amor se acabe quiero saberlo primero.*

Este dejo trágico enmarca la obra desde la primera escena. Lo peor no sólo es inevitable; ya ha ocurrido. Y la pieza es su mera recordación, la repetición que acentúa la inevitabilidad de la desgracia y la eterna repetición de lo mismo. Pero hay algo más: esta condena a repetir al infinito los gestos del desamor y la indiferencia está ritualizada por los códigos del lenguaje radial, por la reproducción de una sensibilidad que encuentra en la reiteración de la desgracia un motivo de dudoso lirismo y de mentirosa estimulación de una sensibilidad autocompasiva. La radio no es distinta del bolero o del tango, mal que mal, ha sido siempre el medio normal de transmisión de sus mensajes. La conciencia de un encadenamiento a la inamovible piedra del dolor y la ritualización de éste mediante el lenguaje de uno de los espejos (en este caso, la

radio) que refleja y deforma esta condena es el asunto central de **Llámame, no te arrepentirás**. El modo oscila entre la ironía crítica y la imitación más o menos fiel del lenguaje radial, abordado sabiamente como tema literario en las novelas **La tía Julia y el escribidor**, de Mario Vargas Llosa y en **Boquitas pintadas**, de Manuel Puig.

EL DESEO ARDIENTE DE UNA COSA

Tango, la obra de Ana María Harcha, es desde el instante inicial un rito, una ceremonia de destrucción de un mundo cerrado, asfixiante, que dos hermanas han elegido para vivir una suerte de maridaje que excluye al hombre. Juegos de travestismo y transgresión, juegos crueles para poner de manifiesto un odio y unos deseos, una cercanía y unos abismos que sólo pueden expresarse bajo ese enmascaramiento.

Pocas veces nos encontramos con un texto dramático de tan rica elaboración verbal, con tanto juego lúdico, con tanta sensualidad y con un grado tan alto de reflexión, escaso sobre todo en el tratamiento de la temática a que la obra está referida. Aquí no hay nada parecido siquiera a un feminismo programático, ingenuo y manifiestamente demagógico que ha hecho naufragar más de una creación literaria. En **Tango**, las hermanas —medio hermanas, en verdad— no conforman un gremio asociado genéricamente en una campaña de destrucción de la masculinidad, como se ha visto tanto en la literatura feminista de nuestros días. Por el contrario, expresan la gama riquísima de conflictos que puede darse al interior de una comunidad determinada por el género. Aquí aparecen los conflictos que resultan de la filiación, que es desigual, y de unas relaciones de propiedad, poder y cultura paralelamente diferenciadas y desiguales. Esta compleja urdimbre de conflictos sabiamente matizados está dominada por *el deseo ardiente de una cosa* y esta cosa no es otra que esa irrefrenable voluntad de ser —voluntad de poder, la llamó Nietzsche—, voluntad que impone y defiende las libertades y derechos adquiridos, es decir, históricamente conquistados y siempre en procesos dinámicos que conducen a su ensanchamiento o a su

Macarena Minguev



Amaya Forch y Claudio Rodríguez en *Asesinato en la calle Illionis*, de Lucía de la Maza.

restricción. Libertades que se relacionan con los asuntos propios del género, en el marco de sistemas productivos determinados, bajo relaciones de propiedad específicas, con demandas también específicas frente al poder político y a las otras instancias de dominación, frente a los cambiantes requerimientos o posibilidades que derivan de la condición cultural, etc. Evito citar varios textos notables en que estas cuestiones están claramente presentes, sobre todo porque la obra está publicada en este número de la revista.

Tango es una fuente muy rica a la que debieran volver nuestros teatristas, proponiendo nuevas puestas en escena que hagan patente los múltiples méritos y las variadas lecturas posibles de la obra.

LA HISTORIA ES CÓMPLICE DE UN CRIMEN

La historia es cómplice de un crimen, sostiene Lucía de la Maza en el texto con que presenta **Asesinato en la calle Illionis** en el programa del festival. Y efectivamente, un crimen es el pretexto para reírse una vez más del espejo, ahora identificado con el lenguaje del thriller y con los dudosos encantamientos que nos seducen y nos mienten desde las pantallas del cine o la T.V.

Kerry Keller y Luis Dubó en *Llámame, no te arrepentirás*, de Francisca Bernardi.



Macarena Mingulieu

Lucía de la Maza tiene no sólo una estupenda capacidad para llevar a feliz término su empresa imitativa. Lo hace además con variados recursos, de modo tal que aquí no sólo funciona adecuadamente una parodia del thriller, sino que ésta se complementa con divertidísimas ocurrencias como la representación escénica del zapping, de lo que resulta esa mezcla irrisoria, ese híbrido lamentable en que ha naufragado la codiciosa voluntad de verlo todo al mismo tiempo, o la más patética conclusión de que en realidad no hay nada que ver.

Como señala Inés Stranger en el programa del festival, estas obras están escritas desde la perplejidad.

Sólo un inmenso bombardeo de conductas extravagantes y delictivas nos conmueven cada día a través de los noticieros: Mató a su esposa e hijos. Era culpable y fue declarado inocente. Son hechos, datos, casos que nos llegan a la sala familiar sobre los cuales nadie da una explicación.

Diría que los tres textos dramáticos que presentamos en este festival recogen ese sentimiento de impotencia que uno enfrenta después de recibir el impacto de una noticia de este tipo. Una narración. Así ocurrieron las cosas, el mundo está así.

Junto con recoger ese sentimiento de impotencia, pienso que los tres textos de alguna forma tienden a relacionarse con el entorno —el mismo entorno que se agrava sin dar explicaciones, como dice Inés— de manera oblicua, indirecta, evitando que el espejo (valga una vez más la imagen usada por Stendhal) refleje el paisaje y proponiendo en cambio que refleje algunos de los otros espejos que ya tienen el paisaje en su luna. Esta forma indirecta de abordar lo real desde su reflejo en los múltiples y contradictorios retratos del mundo es tal vez la forma más actual, menos ingenua y al mismo tiempo menos pretenciosa de hacerlo. Mal que mal, vivimos una época que algún filósofo ha llamado *la época de la imagen del mundo*. Ya sabemos que eso que está ahí, junto con ser lo que es, es ante todo una imagen de eso que es. Está bien que nuestras autoras hayan decidido dirigir la vista hacia la imagen y que nos inviten a reírnos del espejo.